

# Ética y tecnología en la sociedad de la incertidumbre



Por Ángel Muñoz Accardi\*

La sociedad de la incertidumbre se asienta en el hecho capital del proceso de secularización, y hasta se podría afirmar que es un producto de él.

El declive radical de la espiritualidad en el mundo contemporáneo, en brazos de la hipertrofia de la razón, propia de la modernidad tardía, ha traído como consecuencia la alienación del sistema respecto del sujeto. El punto de origen del proceso de secularización, lo podemos ubicar históricamente en las postrimerías de la Edad Media con el advenimiento de la ruptura epistemológica que instala como paradigma de base a la razón cartesiana.<sup>1</sup>

1 Rafael Echeverría: El Buho de Minerva.

La instalación de la razón como paradigma de base, va a producir un desarrollo sostenido e ilimitado de la ciencia y la tecnología conformándose un sistema social que se impone coercitivamente sobre el sujeto con un poder colonizador del mundo de la vida, sobre la base de un dominio creciente y poderoso sobre el mundo natural y social. Así, hacia fines del siglo XX, el sistema deviene en el dios del mundo global contemporáneo.

Este sistema-dios va a adquirir dimensiones trinitarias, al igual que el dios premoderno, en la trilogía Razón, Ciencia y Tecnología.

Esta trinidad que se nos presenta con un carácter omnipotente, omnipresente y omnisciente, viene a refundar un mundo de

\* Sociólogo, Universidad de Chile. Trabajador Social UTEM. Magister en Desarrollo Regional, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Doctor en Sociología, Universidad de Granada, España. Académico de la Escuela de Gobierno en la Universidad Central de Chile.



incertidumbre sobre la base de un sistema capaz de dominar y recrear a voluntad su entorno natural y social, dominación que, por lo general, no está pensada en beneficio del sujeto sino, en beneficio del capital.

Esta situación trae como consecuencia un estado subjetivo de incertidumbre donde los aspectos fundamentales de la vivencia humana se ponen en cuestión, difuminándose las certezas que permiten orientar la conducta de los individuos.

Un impacto esencial de este nuevo orden se manifiesta en una tendencia a la laxitud del componente ético y moral como orientador de la acción social, inaugurándose un mundo sustentado en una ética instrumental, al servicio de los objetivos colonizadores del sistema.

En este contexto, los agentes del desarrollo deben enfrentar un dilema ético que, en sus aspectos más visibles, deviene en deterioro del tejido social.

El dilema ético se hace presente, en tanto los agentes del desarrollo (en sus diferentes escalas: local, regional o nacional), sean estos

institucionales (estatales o privados) o de la sociedad civil, realizan la función de producir el desarrollo sobre la base de un tejido conversacional de carácter eminentemente valórico.

En este contexto el dilema surge a partir de la reducción de las operaciones del desarrollo a sus aspectos puramente económicos, surge así una noción instrumental de desarrollo, al relegar a un segundo plano sus aspectos culturales- identitarios, y de construcción de utopías como tipos ideales de un mundo mejor, concibiéndose así una noción de desarrollo des-espiritualizado, secularizado.

El pensamiento moderno dio origen a instrumentos racionales, o de la razón, que permitieron, no sólo la explicación del mundo y la naturaleza sino, derivaron en la reconstrucción y dominación de la naturaleza, del mundo natural y social en su totalidad. Estos instrumentos son la ciencia y la tecnología.

El trabajo de la ciencia social presenta una dimensión esencialmente ética, por cuanto, su objeto de estudio, el comportamiento humano, muestra a cada paso repercusiones éticas y

“ ... la noción de bien y mal se relativiza, y emerge una moral condicionada, indeterminada y acomodaticia, dando origen a un tejido social descompuesto por el flagelo de la corrupción.”



morales. Por lo tanto, el ideal de objetividad de la ciencia positiva es, por lo menos dudoso, que pueda ser una realidad en el ejercicio del quehacer sociológico. Más aun, cuando para el sociólogo es poco menos que imposible no identificarse con su objeto de estudio, en tanto en él mismo se manifiesta como parte de su esencia. Desde esa perspectiva, la ciencia social no es neutral, en la medida que reflexiona sobre un sustrato donde las cosas éticas y morales son parte de la esencia: el comportamiento humano.

En tiempos de posmodernidad y de capitalismo tardío, surge una ruptura epistemológica que pone en cuestión el viejo orden moderno. Las instituciones se fracturan y fragmentan; los valores que orientaban la conducta individual y colectiva como sólidas estructuras, se ponen en duda, pierden solidez, palidecen, y flaquean en su función; la noción de bien y mal se relativiza, y emerge una moral condicionada, indeterminada y acomodaticia, dando origen a un tejido social descompuesto por el flagelo de la corrupción.

Los códigos éticos imperantes en la modernidad dejan de tener sentido y son vanos e inútiles para el hombre del siglo XXI. El gran reto de la conciencia individual y colectiva es reinventar un ethos valórico que revitalice y dote de nuevo sentido a conceptos como solidaridad, comunidad, cooperación, laicidad, justicia, libertad, igualdad y fraternidad. Una revalorización no contaminada con intereses económicos particulares, ajenos al bien común. Un ethos valórico enriquecido por sentimientos de profunda comunidad entre los seres humanos y con la naturaleza, donde la educación y el desarrollo de la cultura, sean factores fundamentales de progreso y evolución humana.

Es de interés principal construir un tejido social donde los valores orienten una conducta individual y colectiva dotada de una fortaleza moral que se realice en el bien común. Se requiere para este logro social, un sistema educacional dotado de métodos que permitan al sujeto incorporar dicha moral en lo más profundo de su ser. Ya Aristóteles en *La Ética a Nicómaco* se plantea: **“No nos interesa qué es la virtud sino ser virtuosos”**.

Un sistema educativo para el siglo XXI, perseguirá como un objetivo fundamental, la formación en el individuo con una matriz espiritual que, arraigada en la conciencia, modele un sujeto cuya necesidad vital más esencial, se satisfaga en la entrega total a los demás, porque la satisfacción de esa necesidad contribuye a la consecución de la felicidad y la libertad del conjunto de los seres humanos.

En los tiempos actuales, de ruptura epistemológica y de fin del capitalismo, la ética teórica no pasa más allá de un bello discurso, lejos de ser una realidad encarnada en los hombres reales de un mundo real. Este estado de postración de la ética y la moral práctica tiene una relación directa con la imposición de una moral neoliberal centrada en la explotación, el lucro, y la acumulación indiscriminada del capital. A medida que se generaliza la sociedad de consumo de masas con sus valores económicos puramente hedonistas, se observa en los individuos un escepticismo moral profundo, convirtiéndose en un despojo carente de una identidad moral fuerte y sólida, que lo tipifique como un ser humano.

Por otro lado, existe ausencia de una moralidad pública en el contexto de las democracias liberales, espacio que es llenado por una acumulación creciente de conductas inmorales en el seno de la esfera de lo público. Este hecho trae como consecuencia un estado de pérdida de confianza, primero con respecto al mundo de lo público, y después un recrudecimiento de la desconfianza entre los individuos, derivando en la contaminación del tejido social en su conjunto, por el virus de la desconfianza.

¿Qué hacer ante la sensación generalizada que vivimos en un mundo ausente de moral?

La experiencia capital de vivir y convivir en una sociedad carente de valores morales que orienten la conducta deriva en una colectividad que se desmorona, se dispersa en un sinnúmero de individualidades, produciendo como resultado final, un debilitamiento progresivo de la cohesión social.

No obstante, la cohesión social es una función de la conciencia colectiva, y como tal, cuenta con las potencias espirituales necesarias para





la construcción del ethos valórico y moral que sustentará los cimientos de la nueva civilización.

En consecuencia, a la mente colectiva que despierta en las nuevas generaciones humanas del siglo XXI, corresponde estructurar una escala de valores conducente a una moral universal; una ética que supere de manera definitiva el actual ethos valórico neoliberal. Una ética cimentada en valores de solidaridad, hermandad entre los hombres, de sello comunitario por sobre una concepción de vida individualista, que privilegie el bien común, desterrando así, el egoísmo de los intereses particulares; en definitiva, un ethos valórico y moral que sustente una sociedad más justa, más libre y generadora de un mundo tendiente al logro de la felicidad entre los hombres.

Un factor determinante sobre la aceleración del proceso de globalización lo constituyen las llamadas tecnologías de la información y las comunicaciones, que agrupan a todos aquellos adelantos tecnológicos aplicados a las comunicaciones y la transmisión de información, siendo un ejemplo claro el caso de Internet.

El tránsito de un mundo de “baja tecnología” a uno de “alta tecnología”, caracterizada por la cada vez más abundante disponibilidad de nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, en especial, las tecnologías de redes, enfrentan al mundo, al desafío de la velocidad de

adaptación al cambio y del alcance incluyente de estas nuevas condiciones; este proceso se aprecia especialmente en las instituciones de educación superior, notándose, por ejemplo, un incremento en los programas, informaciones y conocimientos transmitidos por redes electrónicas, teniendo significativo impacto en los mercados laborales, incrementados por grados académicos ofrecidos on-line.

Un efecto claro de los impactos mencionados puede ser observado en la incapacidad de la universidad, como órgano en que la sociedad se piensa a sí misma, de ejercer adecuadamente la función de homogeneización cultural en el contexto nacional, dada la dificultad de adaptación a los cambios, manifestando una carencia en su función de entregar sentido a la época por la cual transita. Una incapacidad para encontrar una síntesis entre las corrientes ideológicas de la época, las demandas de la sociedad y la voluntad política de las élites nacionalistas o revolucionarias, y los partidos y movimientos sociales que les acompañan; por el contrario, lo que se observa en la actualidad en América Latina, principalmente, es una profunda incapacidad de la universidad para pensar y expresar reflexivamente el cambio de la sociedad, ligado a la globalización, la revolución científico-tecnológica y el nuevo rol del conocimiento.





El impacto de las nuevas tecnologías cambió el panorama global, permitiendo acortar las distancias, expandir la educación transfronteriza, generar la educación virtual y viabilizar la expansión de la sociedad del conocimiento asociada a la autopista de la información.

En este contexto, de fuerte predominio del conocimiento como factor de valor y fuente de poder, la educación permanente es una novedad de las nuevas necesidades en la formación de las personas en el mundo global; adquiere creciente importancia la educación continua por la necesidad de actualización constante de destrezas y habilidades. En efecto, desde fines de la década de los 80 del siglo XX, se ha venido desarrollando a nivel planetario un interés creciente por la educación permanente, entendida esta como proceso constante de actualización y reentrenamiento, no circunscrito a un periodo de la vida del hombre y que rebasa los límites espaciales de la escuela.

Con las nuevas tecnologías la educación presencial, por su estructura de costos, puede

llegar a ser una educación de élites, y la educación virtual, por sus escalas, una educación universal.

La educación virtual es una de las nuevas realidades de la revolución tecnológica a escala global. La educación virtual no es, simplemente, un nuevo medio de transmisión de información, sino en lo fundamental, es un instrumento de modelaje del nuevo profesional capaz de transformar la información en conocimiento. Este nuevo profesional, que puede adoptar la fisonomía del analista simbólico, estará provisto de una cuota importante de poder, por cuanto el conocimiento se erige como una poderosa fuente de poder en la nueva sociedad, en desmedro progresivo del capital como fuente de poder.

El nuevo rol de la información está contribuyendo a la formación de una sociedad del conocimiento basada en redes de acceso de carácter global que, al introducir nuevos motores económicos, reubica tanto el rol como la función de la educación superior y de la investigación. 

## Bibliografía

Cortina, Adela. *Ciudadanos del Mundo*. Editorial Alianza. Madrid. 2009.

Echeverría, Rafael. *El Búho de Minerva*. Editorial Comunicaciones Noreste. Chile. 2004

Beck, Ulrich. *La Sociedad del Riesgo*. Hacia una Nueva Modernidad. Paidós. Buenos Aires. 1998

